

Reseñas

Elegiré uno, acaso el más significativo de la obra, hasta el punto de que revela una de las claves esenciales de la misma. Aludimos al empleo del tropo del naufragio. Ciertamente, la antedicha es una de las metáforas más socorridas, y no solo de las letras españolas, sino incluso de las occidentales. Valerse de ese vocablo, de ese concepto, de esa comparación, supone un desafío insólito a principios del siglo XXI. Pero Pilar Blanco quiso y supo afrontar el envite, y en *La luz herida* se demuestra que ha salido airosa en su osadía.

Es notorio que la voz “naufragio” comporta multiplicidad de significaciones en este libro, pero las más sustantivas convergen en la captación del existir como naufragio a causa del exilio de la luz. De las tres partes de la obra, las dos primeras atestiguan la situación de náufragos de la hablante y de los seres humanos, un estado en el que se insiste una y otra vez. En contraste, en la tercera sección no se apela al naufragio más que en una única oportunidad, y aun relativa al pasado al que se refiere la parte con que principia *La luz herida*. Esa metáfora, por consiguiente, sirve también como pauta de comprensión del sentido de este conjunto, pues en la zona espiritual del “Dintel de luz” puede encontrar el “caminante”, el “peregrino” de la vida -tampoco vacila la autora en acudir a ese par de comparaciones tan tradicionales- el asidero, todavía débil, de la esperanza de la luz.

José María Balcells

José Corredor-Matheos. *El don de la ignorancia*. Barcelona (Tusquets) 2004, 124 pp.

El don de la ignorancia puede considerarse el conjunto poético que marca la definitiva consagración literaria de José Corredor-Matheos. La publicación del libro por una editora de contrastado prestigio, y con amplia difusión, no hace sino subrayar el reconocimiento de la importancia del poeta, la cual ha corroborado la crítica especializada en los diversos comentarios de esta obra que fueron apareciendo a la salida de la misma. Leyéndolas, podemos percatarnos de que este autor ya no ha de contarse como uno más de la extensa nómina del cincuenta, sino como uno de los más singulares de tan celebrada promoción, y merced a su peculiarísimo universo poético.

La lectura de *El don de la ignorancia* permite advertir varios caracteres genéricos perceptibles en la poesía corredoriana de las últimas décadas, los cuales parecen acentuarse en este libro. Destacaremos algunos: su mundo lírico es reflexivo, sereno, diáfano. Está lleno de interrogantes, de experiencias bien comprobadas, de iluminaciones sobre el hecho de vivir y la cuestión del conocer. Ésta se plantea inscribiéndola en el ámbito comprensivo de la naturaleza. Otra de las problemáticas que suelen aflorar en su obra la constituye el binomio entre escritura y realidad.

Tocante a la expresión literaria de cuanto se ha anticipado, hay que poner de relieve la gran coherencia de contenido, de técnica y de palabra conceptual y lírica en la poética de Corredor-Matheos desde que creara *Carta a Li-Po*, conjunto publicado en 1975. *El don de la ignorancia* se sitúa, por tanto, en este ámbito, el cual denominábamos en un estudio *ad hoc* poética del “despojamiento”. Es, la referida, una poética que se plasma con naturalidad, con sencillez de trazo, sin afectación ni concesiones retóricas. A veces semeja como si estuviésemos ante apuntes, ante composiciones sin aparente

esfuerzo constructivo. En cualquier supuesto, tales poemas atestiguan una muy transparente nitidez y una extraordinaria concisión.

En *El don de la ignorancia* se revelan claramente algunas de las instancias poéticas que inciden en la obra, pero no como ascendientes cuya zaga sigue el autor, sino como estímulos con los que entra en un diálogo que florece en el texto. Uno de los poetas a los que resulta necesario aludir, en el sentido que anotábamos, es San Juan de la Cruz, de quien se reproduce una cita al frente de uno de los textos corredorianos de la sección primera. Empero, más alcance reviste que el título mismo del libro sea de órbita sanjuanista, aunque a la vez marque un sustancial contraste con ella, como ocurre también a vueltas de la cita.

Y es que el carmelita reelabora líricamente la doctrina medieval acerca de la “docta ignorancia”, resuelta en un saber no sabiendo que trasciende el conocimiento, una sabiduría que es alcanzada por el místico cuando Dios le concede la gracia del atisbo y aun la captación de la divinidad en esta vida. Se trata, pues, de un ignorar bien distinto al de *El don de la ignorancia*, en el que resuenan enseñanzas de filosofía oriental. Respecto a la cita concreta del abulense (“...estando ya mi casa sosegada.”), Corredor-Matheos le remeda transformándola en “estando ya la noche iluminada.”, donde se incluye un concepto, el de la iluminación, que aunque se empleó mucho asimismo en la espiritualidad áurea, remite a doctrinas de Oriente.

En la composición en cuyo frontis se reproduce la cita de San Juan de la Cruz, se vale Corredor-Matheos de un concepto, el de la nada, que tampoco es emparejable al de la nada de la teología cristiana, sino que remonta al sistema del Tao, en el que el ser y la nada, aunque opuestos, concuerdan entre sí. La idea de la nada concurre en otra de las citas que encabezan el tercero de los poemas de la sección segunda de *El don de la ignorancia*. Pero ahora el poeta citado es Omar Yyyam, al que pertenecen las líneas que dicen así: “La nada es el fruto de mi constante meditación”. Es éste un pensamiento que el hablante corredoriano asume por entero, y que agradece vivamente, toda vez que le confirma en su epistemología taoísta, tan crucial en la trayectoria poética más representativa de Corredor-Matheos.

José María Balcells